

El maestro de escuela en 7 lecciones.

La escuela está aquí y estará por buen tiempo. Está del tal manera instalada entre nosotros que preguntarse por su utilidad como institución parece enteramente ocioso, irrelevante. Se da por sentado que responde a una necesidad y que nuestros predicamentos se reducen a examinar las formas de que satisfagan mejor esa necesidad.

Sin embargo, si en verdad intentamos transformar nuestro sistema educativo, hemos de preguntarnos constantemente, una y otra vez, para qué sirve la escuela. Necesitamos ir más allá de la respuesta obvia, mecánica, abstracta: el camino hacia la igualdad, la justicia, el bienestar, el progreso. Está suficientemente documentado, a estas alturas, que la escuela no ha conducido, en ninguna parte, a ese resultado --ni siquiera en términos de grados-- (más igualdad, más libertad...). Y más allá de esas finalidades generales, de la conveniencia de seguirlas planteando como metas sociales y asignar a la escuela la función de acercarnos a ellas, tenemos que preguntarnos, aquí y ahora, para qué sirve la escuela real, la que tenemos entre nosotros, la que queremos reformar, aún antes de preguntarnos para qué debería servir.

Ésa es la pregunta que se hace John T. Gatto, en este texto excepcional. Con su incisivo estilo (Opciones, no. 2), Gatto nos revela desde adentro, desde la experiencia de un maestro alreado, en qué consiste enseñar "escuela", de qué se trata la actividad cuando el llamado "maestro" se encuentra en el salón de clase y tiene que atenerse a un currículum, a un sistema de normas del régimen escolar, a todas las obligaciones profesionales que enfrenta por estar donde está.

Su respuesta es poco menos que espeluznante. La formuló en un discurso que pronunció a raíz de que lo designaron Profesor del Año de la ciudad de Nueva York en 1991. Y para apreciar su crítica, no hace falta acompañarlo hasta sus conclusiones, que tienen un aspecto tan decididamente tradicionalista y conservador, o incluso reaccionario, que muchos podrán considerarlo neoliberal y posmoderno. Ha de tomarse en cuenta, además, que Gatto habla solamente de la escuela norteamericana, de sus prácticas y de sus vicios, bien enraizados en ella como está, por lo que sus observaciones no pueden aplicarse tal cual a otros países o escuelas.

El discurso de John T. Gatto.

Por favor llámenme Gatto. Hace 26 años, como no tenía nada mejor que hacer con mi vida, probé suerte en la enseñanza escolar. El título que tengo certificado que soy un profesor de lengua y literatura inglesa. Pero esto no es de ninguna manera lo que hago. No enseñé inglés. Enseñé la escuela y gano premio haciéndolo.

Enseñar significa diferentes cosas en diferentes lugares, pero son siete las lecciones que se enseñan universalmente, desde Harlem hasta las colinas de Hollywood. Constituyen un currículum nacional por el cual los ciudadanos pagan de muchas más maneras de las que pueden imaginarse; es mejor que sepan de qué se trata. Desde luego, cada quien tiene la libertad de considerar esas lecciones de la manera que quiera, pero créanme cuando digo que no tengo la menor intención de usar la ironía en esta presentación. Las que describo en seguida son las cosas que los ciudadanos pagan por enseñar. Pueden hacer lo que quieran con ellas.

1 Confusión

El otro día, una señora llamada Kathy me escribió lo siguiente desde Dubois, Indiana:

"¿Cuáles son las grandes ideas que son importantes para los niños pequeños? Pienso que la idea más importante que necesitan es que lo que están aprendiendo no es idiosincrático, que hay algún sistema en todo eso y no que simplemente les llueven cosas encima cuando tratan impotentemente de absorberlas. Esta es la tarea: entender, hacer coherente todo eso."

Kathy está equivocada. La primera lección que enseñé en la confusión. Todo lo que enseñé está fuera de contexto. Enseñé la falta de relación entre todas las cosas. Enseñé las desconexiones. Enseñé demasiado: la órbita de los planetas, la ley de los números grandes, la esclavitud, los adjetivos, el diseño arquitectónico, el baile, la gimnasia, el canto coral, los conjuntos, los invitados sorpresa, los comportamientos apropiados en caso de incendio, los lenguajes de la computadora, las noches en que los padres vienen a ver a los maestros, los días de desarrollo del personal, los programas de regulación, el comportamiento con gente desconocida que mis estudiantes nunca volverán a ver, los exámenes en serie, una segregación por edades que nunca han visto en el mundo externo... ¿Qué tienen que ver entre sí todas estas cosas?

Aún en las mejores escuelas, un examen detallado del currículum y sus secuencias muestra falta de coherencia, plena de contradicciones internas. Afortunadamente los niños no tienen palabras para definir el

pánico y la rabia que sienten por las constantes violaciones del orden natural y de la secuencia que se les imponen engañosamente como calidad de la educación. La lógica de la mente escolar consiste en que es mejor salir de la escuela con un conjunto de herramientas de la jerga superficial que se deriva de la economía, de la sociología, las ciencias naturales, etc., que con un entusiasmo genuino. Pero una educación de calidad implica aprender algo en profundidad. La confusión se impone sobre los niños a través de demasiados adultos extraños, que trabajan cada uno por su lado y mantienen entre sí la más superficial de las relaciones, que en su mayoría pretenden tener una maestría de conocimiento que no poseen.

Significado, no hechos sin conexión, es lo que buscan los seres humanos sanos, y la educación es un conjunto de códigos para convertir el procesamiento de información primaria en significado. Detrás del cobertor hecho con labor de retacitos de las secuencias escolares y de la obsesión de la escuela por los hechos y las teorías, queda bien disimulada la vieja búsqueda del hombre por el significado. Esto resulta más difícil de ver en la escuela primaria, en donde la jerarquía de la experiencia escolar parece tener más sentido porque se da simplemente por supuesto que la relación natural entre “hagamos esto” y “hagamos aquello” significa algo y en donde la clientela --los niños-- todavía no ha percibido conscientemente que tras el juego y lo que pretende no hay nada sustantivo.

Pensemos en las grandes secuencias naturales --como aprender a caminar y a hablar; la progresión de la luz del alba a la puesta del sol; las antiguas prácticas de un campesino, un herrero, o un zapatero; o los preparativos para una fiesta familiar tradicional. Todas las partes están en perfecta armonía entre sí, cada acción se justifica a sí misma e ilumina el pasado y el futuro. Las secuencias de la escuela no son así, ni dentro de una sola clase ni en el menú completo de las clases diarias. Las secuencias de la escuela son locas. No existe una razón específica para ninguna de ellas, nada que soporte un examen cuidadoso. Pocos profesores se atreverían a enseñar las herramientas mediante las cuales los dogmas de la escuela o de un profesor pudieran ser criticados, puesto que todo tiene que ser aceptado. Las asignaturas de la escuela se aprenden, si es que pueden aprenderse, de la menra en que los niños aprenden el catecismo o memorizan los treinta y nueve artículos del anglicanismo.

Enseño la falta de relación entre todas las cosas, una infinita fragmentación, lo opuesto de la cohesión; lo que hago guarda una mayor relación con la fragmentación de la televisión que con el establecimiento de un esquema de orden. En un mundo donde el hogar es sólo un fantasma, porque ambos padres trabajan, o porque hay demasiados desplazamientos o demasiados cambios de trabajo o demasiada ambición o porque alguna otra cosa ha dejado a todos demasiado confundidos para mantener una relación familiar, les enseño cómo aceptar la confusión como su destino. Ésta es la primera lección que les enseño.

2 La posición de clase

La segunda lección que enseño es “posición de clase”. Enseño que los estudiantes deben permanecer en la clase a la que pertenecen. No sé quién decide que mis niños estén ahí, pero ése no es mi problema. Los niños están numerados de tal suerte que si alguno sale de donde está puede ser devuelto a la clase que le corresponde. En el transcurso de los años, la variedad de formas en que los niños son numerados por las escuelas ha registrado un aumento dramático, hasta el punto en que resulta difícil ver plenamente a los seres humanos bajo el peso de los números que cargan. La numeración de niños es una empresa grande y muy lucrativa, aunque no está claro qué es lo que debe conseguir la estrategia que así ha sido diseñada. Ni siquiera por qué los padres querrían permitir que se les hiciera esto a sus hijos, sin pelear contra ello.

Mi trabajo consiste en hacer que a los niños les guste estar encerrados junto con otros niños que llevan números como los suyos, o al menos soportarlo de buena manera. Si hago bien mi trabajo los chicos ni siquiera pueden imaginarse en otro lugar, porque les he mostrado cómo envidiar y temer las mejores clases y cómo despreciar las clases tontas. Baj esta disciplina eficiente la clase se vigila a sí misma dentro de un buen orden de avance. Esta es la verdadera lección de toda competencia manipulada como la escuela. Cada quien llega a conocer cuál es su lugar.

A pesar del programa general de clase que asume que el noventa y nueve por ciento de los niños está en su clase para quedarse, hago sin embargo un esfuerzo público para exhortar a los niños a que aumenten los niveles de éxito en los exámenes, mencionando como recompensa una posible transferencia de la clase más

baja. Insinúo frecuentemente que lelgará el día en que un patrón los contratará con base en sus resultados y las calificaciones ne los exámenes, aún cuando mi propia experiencie es que los patrones son, con razón, indiferentes a tales cosas. Nunca miento completamente, pero he llegado a darme cuenta que la verdad y le enseñanza son en el fondo incompatibles, tal como lo dijo Sócrates hace miles de años. La lección de las clases numeradas es que cada uno tiene un lugar adecuado en la pirámide y no hay posibilidad alguna de salir de la clase que le toca a cada quien, salvo por la magia de los números. Si eso falla, será preciso quedarse donde a uno lo pusieron.

3 La indiferencia

La tercera lección que enseño es la indiferencia. Enseño a los niños a que nada les importe demasiado, aún cuando quieran aparentar que sí les importa. La menra en que lo hago es muy sutil. Exijo que se involucren por completo en mis lecciones, brincando en sus asientos con anticipación, compitiendo vigorosamente entre sí por mi preferencia. Es reconfortante cuando hacen esto; impresiona a todos, hasta a mí. Cuando quiero lucirme, planeo lecciones con mucho cuidado, con el objeto de producir este espectáculo de entusiasmo. Pero cuando toca la campana, insisto en que abandonen lo que hemos estado haciendo, no importa qué sea, y procedan rápidamente a la siguiente estación de trabajo. Deben prenderse y apagarse como un contacto eléctrico. Nada importante se termina nunc en mi clase ni en ninguna que conozco. Los estudiantes nunca tienen una experiencia completa, salbo la que se refiere al plan de pagos.

En realidad, la lección de las campanas es que ningún trabajo vale la pena de ser concluido. ¿Por qué, entonces, interesarse con demasiada profundidad por cualquier cosa? Años de campanas condicionan a todos, salvo a los más fuertes, a un mundo que ya no puede ofrecer un trabajo importante que hacer. Las campanas son la lógica secreta del tiempo escolar; su lógica es inexorable. Las campanas destruyen el pasado y el futuro, haciendo que cada intervalo sea igual a cualquier otro, de la misma manera en que la abstracción de un mapa hace que cada montaña y río parezcan idénticos, aunque no lo sean. Las campanas inoculan de indiferencia cada empeño.

4 La dependencia emocional

La cuarta lección que enseño es la dependencia emocional. Mediante estrellas, marcas rojas, sonrisas y ceños fruncidos, premios, honores y oprobios, enseño a los niños a entregar su voluntad a la cadena predestinada del mando. Cualquier autoridad puede otorgar derechos o negarlos sin apelación, porque dentro de una escuela no existen los derechos --ni siquiera el derecho de hablar libremente, tal como lo establece la Suprema Corte-- a menos que las autoridades de la escuela digan que los hay. Como maestro, intervengo en muchas decisiones personales, expidiendo un pase para las que considero legítimas o iniciando una confrontación disciplinaria por cualquier comportamiento que amenaza mi control. La individualidad es una contradicción de la teoría de las clases, una maldición para todos los sistemas de clasificación.

He aquí algunas de las formas comunes en que esto se manifiesta: o los niños se escabullen para tener un momento de privacía en el baño, so pretexto de ir a evacuar sus estómagos, o roban un instante en privado en el corredor so pretexto que necesitan agua. Sé que no se trata de eso, pero les permito que me “engañen” porque esto los condiciona a depender de mis favores. Algunas veces la libre voluntad aparece frente a mí en los bolsillos de niños enojados, deprimidos o felices por cosas fuera de mi alcance; los derechos en este campo no pueden ser reconocidos por los maestros de escuela, que sólo se ocupan de los privilegios que pueden negarse, y por tanto usarse como rehenes de buen comportamiento.

5 La dependencia intelectual

La quinta lección que enseño es la dependencia intelectual. Los buenos estudiantes esperan que el maestro les diga lo que deben hacer. La lección más importante es que tenemos que esperar a que otras personas, mejor preparadas que nosotros, le den un sentido a nuestras vidas. Los expertos hacen todas las elecciones importantes; sólo yo, el maestro, puedo determinar lo que mis chicos deben estudiar, o más bien sólo las personas que me pagan pueden hacer estas decisiones, que luego hago cumplir. Si me dicen que la evolución es un hecho y no una teoría, lo transmito como se me ordenó, castigando a los disidentes que oponen

resistencia a lo que me dijeran que les diga que piensen. Este poder de controlar lo que los niños pensarán me permite separar con mucha facilidad a los estudiantes exitosos de los fracasados.

Los niños exitosos piensan lo que les asigno con una resistencia mínima y una demostración razonable de entusiasmo. Entre los millones de cosas valiosas que estudian, yo decido unas cuantas para las cuales tenemos tiempo o lo deciden, en realidad, mis patrones sin rostro. Las elecciones son suyas. ¿Por qué tendría que argumentar? La curiosidad no tiene un lugar importante en mi trabajo; sólo lo tiene la conformidad. Sin embargo, hay niños anormales que se oponen incluso careciendo de los conceptos indispensables para saber contra qué luchan. Luchan para hacer sus propias decisiones acerca de lo que aprenderán y cuándo lo aprenderán. ¿Cómo podemos permitir esto y sobrevivir como maestros de escuela? Afortunadamente, hay procedimientos probados para quebrar la voluntad de los que resisten; es más difícil, naturalmente si los niños tienen padres respetables que los ayudan, pero esto ocurre cada vez menos, a pesar de la mala reputación de las escuelas. No conozco a ningún padre de clase media que en realidad crea que la escuela de su hijo es una de las malas. Ni un solo padre, en veintiseis años de enseñanza. Esto es increíble, y constituye probablemente el mejor testimonio de lo que le pasa a las familias cuando el padre y la madre también han sido bien educados, aprendiendo las siete lecciones.

La gente buena espera que un experto le diga qué hacer. Difícilmente es una exageración decir que toda nuestra economía depende de que se aprenda esta lección. Pensemos en lo que caería en pedazos si los niños no fueran entrenados para ser dependientes: los servicios sociales difícilmente podrían sobrevivir; pienso que se esfumarían en el reciente limbo histórico del cual surgieron. Los consejeros y terapeutas verían con horror cómo se desvenecería el aprovisionamiento de inválidos psíquicos. Los pasatiempos comerciales de todo tipo, incluyendo la televisión, se marchitarían a medida que la gente volviera a aprender cómo crear sus propias diversiones. Los restaurantes, la industria de comida preparada, y toda suerte de servicios diversos relacionados con la alimentación se achicarían drásticamente, si la gente volviera a preparar sus propias comidas, en vez de depender de extraños para plantar, cosechar, cortar y cocinar para ellos. También desaparecería buena parte de la ley, la medicina y la ingeniería modernas, lo mismo que el negocio del vestido y el de dar clases en la escuela, a menos que un suministro garantizado de gente impotente siga fluyendo de nuestras escuelas cada año.

No hay que apresurarse a votar en favor de una reforma radical de la escuela si se quiere seguir obteniendo un cheque. Hemos construido un modo de vida que depende de que la gente haga lo que le dicen porque no sabe cómo decirse a sí misma qué hacer. Es una de las lecciones principales que enseño.

6 La autoestima provisional

La sexta lección que enseño es la autoestima provisional. Si alguna vez ha tratado de luchar con niños alineados en una fila, cuyos padres los han convencido para que crean que los aman a pesar de todo, sabe cuán imposible es lograr que espíritus seguros de sí mismos se sometan. Nuestro mundo no sobreviviría mucho tiempo a una inundación de gente segura de sí misma. Por eso enseño que el respeto a sí mismo de un niño depende de la opinión experta. Mis chicos son constantemente evaluados y juzgados.

Se manda mensualmente a casa de cada estudiante un informe escrito para suscitar o subrayar exactamente, hasta un único punto porcentual, cuán insatisfecho debería estar un padre con el hijo. La ecología de la “buena” enseñanza depende de la perpetuación de la insatisfacción, al igual que la economía comercial. Aunque algunas personas puedan sorprenderse del escaso tiempo y reflexión que se ponen en la elaboración de estos registros matemáticos, el peso acumulado de estos documentos con apariencia objetiva establece el perfil que obliga a los niños a llegar a ciertas decisiones acerca de sí mismos y sus futuros, con base en el juicio casual de personas desconocidas. La autoevaluación, el elemento principal de todo importante sistema filosófico que haya aparecido sobre el planeta, nunca se considera como un factor. La lección de las boletas, calificaciones y exámenes es que los niños no deben de confiar en sí mismos o en sus padres, pero en cambio deben fiarse de la evaluación de funcionarios certificados. La gente necesita que le digan lo que vale.

7 No es posible esconderse

La séptima lección que enseño es que no es posible esconderse. Le enseño a los estudiantes que están siempre vigilados, que cada uno de ellos se encuentra bajo una constante vigilancia, mía y de mis colegas. No hay espacios privados para los niños, no hay tiempo privado. El cambio de clase dura exactamente trescientos segundos, a fin de mantener la fraternización promiscua a bajos niveles. Se alienta a los estudiantes a que circulen chismes unos de otros o incluso de sus propios padres. Por supuesto, aliento también a los padres a dar parte de la falta de docilidad de sus propios hijos. Es poco probable que una familia entrenada a espiarse oculte algunos secretos peligrosos.

Asigno un tipo de extensión de la enseñanza llamada “tarea”, de tal modo que el efecto de la vigilancia, si no es que la vigilancia misma, llegue hasta el interior de los hogares privados, donde los estudiantes podrían, si no fuera por ella, emplear de otro modo su tiempo libre para aprender algo no autorizado por un padre o una madre, mediante la exploración o el aprendizaje con algún vecino sabio. La deslealtad a la idea de la enseñanza escolar es un demonio siempre listo para encontrar trabajo para manos ociosas.

El significado de la vigilancia constante y la negación de privacidad es que a nadie se le puede tener confianza, que la privacidad no es legítima. La vigilancia es un antiguo imperativo, expeurto por pensadores influyentes, una prescripción central establecida en La República, en La Ciudad de Dios, en los Institutos de la Religión Cristiana, en la Nueva Atlántida, en el Leviathán y en muchas otras partes. Todos estos hombres sin hijos que escribieron estos libros descubrieron la misma cosa: los niños deben ser vigilados de cerca si se quiere mantener a una sociedad bajo un apretado control central. Los niños atenderán un tambor privado si no se logra que se pongan a marchar en una banda uniformizada.

El gran triunfo del monopolio gubernamental de la escolarización masiva obligatoria es que aún entre los mejores de mis compañeros maestros y hasta entre los mejores de los padres de mis estudiantes, sólo un pequeño número puede imaginar una forma diferente de hacer las cosas “¿Acaso los niños n tienen que aprender a leer y escribir? ¿Acaso no tienen que saber sumar y restar? Tienen que aprender a seguir órdenes si esperan alguna vez mantenerse en un trabajo”.

Hace apenas algunas generaciones las cosas eran muy diferentes en los Estados Unidos. La originalidad y la variedad eran algo común; estar libres de regulaciones nos hizo el milagro del mundo; era relativamente fácil cruzar las fronteras de clase; nuestros ciudadanos eran maravillosamente seguros de sí mismos, confiados, inventivos y capaces de hacer muchas cosas para su propio beneficio en forma independiente y de pensar por sí mismos. Eramos algo especial, nosotros, los norteamericanos, librados a nuestras propias fuerzas, sin gobiernos que metieran sus narices y midieran todos los aspectos de nuestras vidas, sin instituciones y agencias sociales que nos dijeran cómo pensar y sentir. Eramos algo especial, como individuos, como norteamericanos.

Pero desde un poco antes de la guerra civil hemos tenido en los Estados Unidos una sociedad que ha estado básicamente bajo el control central y este tipo de sociedad requiere de enseñanza obligatoria, y del monopolio del gobierno sobre la enseñanza, para poder mantenerse. Antes de esta transformación, la enseñanza escolar no era muy importante en ninguna parte. La teníamos, pero no había demasiada y sólo se tenía la cantidad que deseaba cada individuo. De todos modos, la gente aprendía bastante bien a leer, escribir y aritmética; hay algunos estudios que indican que, cuando ocurrió la revolución norteamericana, la alfabetización era prácticamente total, al menos para los que no eran esclavos en la costa este. Se vendieron seiscientos mil copias de Common Sense de Thomas Paine, a una población de tres millones, la quina parte de los cuales eran esclavos y la mitad sirvientes acasillados.

¿Acaso los colonos eran genios? No, la verdad es que la lectura, la escritura y la aritmética sólo requieren de unas cien horas para ser transmitidas, siempre y cuando la audiencia esté ansiosa y deseosa de aprender. El truco es esperar hasta que alguien lo pida y entonces actuar con rapidez, mientras persista la disposición de ánimo. Millones de personas se enseñan a sí mismos estas cosas y en realidad no es tan difícil. Tomemos un texto de matemáticas o retórica del quinto grado de 1850 y podremos ver que los textos que entonces se escogían serían considerados hoy de nivel universitario. La continua exigencia de “habilidades básicas” es una cortina de humo tras de la cual las escuelas se apropian el tiempo de los niños por doce años y les enseñan las siete lecciones que acabo de describirles.

La sociedad que se ha puesto crecientemente bajo el control central desde poco antes de la Guerra Civil se manifiesta en las vidas que llevamos, la ropa que nos ponemos, la comida que comemos y las señales verdes de las autopistas que reconocemos de costa a costa, todo lo cual es producto de este control. Pienso que también lo son las epidemias de drogas, suicidios, divorcios, violencia, crueldad, y la transformación de la clase en casta. El carácter de las grandes instituciones obligatorias es inevitable; quieren más y más hasta que no hay más que dar. La escuela aleja a nuestros niños de toda posibilidad de tener un papel activo en la vida de la comunidad; de hecho, destruye las comunidades al poner el entrenamiento de los niños en manos de expertos certificados y al hacerlo garantiza que nuestros niños no crezcan como seres humanos completos. Aristóteles enseñaba que sin un papel plenamente activo en la vida de la comunidad no había esperanzas de llegar a convertirse en un ser humano sano. La próxima vez que se encuentren cerca de una escuela o un asilo de ancianos, observen a su alrededor si desean una demostración de argumento.

La escuela, tal como fue construida, es un sistema de apoyo esencial para un modelo de ingeniería social que condena a la mayoría de la gente a ser piedras subordinadas en una pirámide que se angosta a medida que asciende hacia una terminal de control. La escuela es un artificio que hace que tal orden social piramidal parezca inevitable, aunque esta premisa sea una traición a la revolución norteamericana. Desde los tiempos coloniales hasta el fin del periodo de la República no teníamos lo que podríamos llamar escuelas. Basta leer la autobiografía de Benjamín Franklin para tener un ejemplo de un hombre que no tuvo que perder su tiempo en la escuela. Sin embargo, la promesa de la democracia estaba empezando a realizarse. Volteamos nuestras espaldas a esta promesa, reviviendo el antiguo sueño faraónico de Egipto: la subordinación obligatoria para todos. Este fue el secreto que Platón transmitió con reticencia en La República, cuando Glauco y Adeimantos robaban a Sócrates el plan para el control total de la vida humana, un plan necesario para mantener una sociedad donde algunas personas toman más que lo que les corresponde. “Les mostraré, dice Sócrates, cómo lograr una ciudad tan febril, pero no les va a gustar lo que voy a decir”. Y es así como se esbozó por primera vez el esquema de la escuela de siete lecciones.

El debate actual acerca de si debemos tener un currículum nacional es falso. Ya tenemos un currículum nacional encerrado en las siete lecciones que acabo de delinear. Este tipo de currículum produce parálisis física, moral e intelectual y ningún currículum de contenido será suficiente para revertir sus espantosos efectos. Lo que se discute actualmente en nuestra historia nacional por el fracaso del rendimiento académico deja de lado lo importante. Las escuelas enseñan exactamente lo que tienen por objeto enseñar y lo hacen bien: cómo ser un buen egipcio y permanecer en su lugar en la pirámide.

Nada de esto es inevitable, nada de esto es imposible de echar abajo. Sí tenemos opciones en la forma en que educamos a los jóvenes; no hay una sola forma correcta. Lo podremos ver si nos abrimos camino a través de la ilusión piramidal. No hay ninguna competencia internacional de vida o muerte que amenace nuestra existencia nacional, por más difícil que sea siquiera pensar en esta idea, o mucho menos creer en ella, ante el continuo bombardeo de mitos en contrario. En todo aspecto material importante, nuestra nación es autosuficiente, incluyendo la energía. Me doy cuenta que esta idea va en contra del pensamiento predominante en la economía política, pero la profunda transformación de nuestra economía de la que hablan los economistas no es inevitable ni irreversible. La teoría económica global no habla de la necesidad pública de trabajo significativo, vivienda accesible, educación satisfactoria, cuidado médico apropiado, ambiente limpio, gobierno honesto y responsable, renovación social y cultural o simple justicia. Todas las ambiciones globales se basan en una definición de productividad y de la buena vida tan enajenada de la realidad humana común, que estoy convencido que está equivocada y que la mayoría de la gente estaría de acuerdo conmigo si pudiera percibir una alternativa. Quizás podamos ser capaces de ver que si recobramos el dominio sobre una filosofía que coloca el sentido donde genuinamente se puede encontrar --en las familias, en los amigos, en el cambio de estaciones, en la naturaleza, en las ceremonias y rituales simples, en la curiosidad, en la generosidad, en la compasión y en el servicio a los demás, en una independencia y privacidad decentes, en todas las cosas gratuitas y baratas de las que están hechas las familias reales, los amigos reales, y las comunidades reales-- seremos tan autosuficientes que ni siquiera necesitaremos la “suficiencia” material acerca de la cual nuestros “expertos” globales insisten tanto en que nos preocupemos.

¿Cómo surgieron estos horribles lugares, estas escuelas? Bueno, la escuela informal siempre ha existido entre nosotros, en una variedad de formas: una ayuda moderadamente útil para el crecimiento. Pero “la

escolarización moderna”, como la conocemos ahora, es un subproducto de los sustos rojos de 1848 y 1919, cuando intereses poderosos temían una revolución entre los pobres de nuestra industria. En parte, igualmente, la escolarización total surgió porque las viejas familias norteamericanas quedaron aterradas ante las culturas nativas de los inmigrantes celtas, eslavos y latinos de los años 1840 y sentían repugnancia por la religión católica que trajeron con ellos. Un tercer factor que ciertamente contribuyó a crear una cárcel para niños llamada escuela, debió ser la consternación con la cual estos mismos norteamericanos observaban el movimiento de afroamericanos a través de toda la sociedad al inicio de la guerra civil.

Veán de nuevo las siete lecciones de la enseñanza escolar --la confusión, la posición de la clase, la indiferencia emocional y la dependencia intelectual, la autoestima condicional, la vigilancia-- todas estas lecciones son un entrenamiento de primera para biases bajas permanentes, para gentes privadas para siempre de la osibilidad de encontrar el centro de su propio genio particular. Con el tiempo, este entrenamiento se ha desprendido de su propia lógica original: controlar a los pobres. Desde los años 1920, el crecimiento de la burocracia escolar, y el menos visible crecimiento de una horda de industrias que lucran a partir de la enseñanza escolar tal como es, ha ampliado la garra original de esta institución a tal punto que ahora captura también a los hijos e hijas de las clases medias.

¿No es extraño que Sócrates se haya violentado ante la acusación de que cobró por enseñar? Aún entonces, los filósofos vieron con claridad la inevitable dirección que tomaría la profesionalización de la enseñanza, la apropiación particular de la función de enseñar, que pertenece a todos en una comunidad sana.

Con lecciones como las que enseñó día tras día no resulta en lo absoluto sorprendente que tengamos una verdadera crisis nacional, cuya naturaleza es muy diferente a la que se divulga a través de los medios de comunicación nacional. Los jóvenes son indiferentes al mundo adulto y al futuro, indiferentes a casi todo, salvo a divertirse con juguetes y a la violencia. Ricos o pobres, los niños de la escuela que se enfrentan al siglo XXI no pueden concentrarse en nada por mucho tiempo; tienen poco sentido del tiempo pasado y del tiempo porvenir. Desconfían de la intimidad, como los hijos de padres divorciados que en realidad son (porque los hemos divorciado de una atención significativa de los padres); odian la soledad, son crueles, materialistas, dependientes, pasivos, violentos, tímidos frente a lo imprevisto, adictos a la distracción.

Todas las tendencias periféricas de la niñez están alimentadas y magnificadas hasta el punto de lo grotesco por la escolarización, que a través de su currículum oculto impide el desarrollo efectivo de la personalidad. En realidad, sin la explotación del temor, el egoísmo y la inexperiencia de los niños, nuestras escuelas no podrían sobrevivir, ni yo podría hacerlo como maestro de escuela certificado. Ninguna escuela común que se atreviera realmente a enseñar el uso de las herramientas del pensamiento crítico --como la dialéctica, la heurística u otros instrumentos que mentes libres deberían emplear-- duraría mucho antes de ser destruída. La escuela ha reemplazado a la iglesia en nuestra sociedad secular y como la iglesia requiere que sus enseñanzas sean tomadas como un acto de fe.

Ha llegado la hora de ver sin temor ni reservas el hecho de que la enseñanza escolar institucional destruye a los niños. Nadie sobrevive sin cicatrices el currículum de las 7 lecciones, ni siquiera los instructores. El método es intenso y profundamente antieducativo. Ningún remiendo lo compondrá. En una de las grandes ironías de los asuntos humanos, el replanteamiento masivo que las escuelas requieren costaría mucho menos de lo que estamos gastando ahora, cuando poderosos intereses impiden ese replanteamiento. Es preciso entender que el negocio al que me dedico es ante un proyecto de empleos y una agencia para otorgar contratos. No nos podemos dar el lujo de ahorrar dinero reduciendo el alcance de nuestra operación y diversificando el producto que ofrecemos, hasta para ayudar a los niños a crecer correctamente. Esta es la ley de hierro de la escolarización institucional: es un negocio que no está sujeto a los procedimientos de contabilidad normal, ni al escarpelo racional de la competencia.

Aunque, quizás, la competencia en la escolarización pública es probablemente el lugar en donde podríamos buscar respuestas: un mercado libre en que escuelas familiares y pequeñas escuelas empresariales, religiosas o de artes y oficios y de agricultura proliferen por todas partes y compitan con la educación gubernamental. Estoy tratando de describir un mercado libre en la escolarización exactamente como el que había en el país hasta la guerra civil, *un sistema en que los estudiantes buscan voluntariamente la clase de educación que les acomoda*, aunque eso implique autoeducación; hasta donde puedo ver, no afectó a Benjamín Franklin. Estas

opciones existen actualmente en miniatura, como maravillosas supervivencias de un pasado fuerte y vigoroso, pero sólo son accesibles a los listos, los valientes, los suertudos o los ricos. La casi imposibilidad de acceder a uno de esos caminos para las familias destrozadas de los pobre o para las perplejas multitudes alojadas en los márgenes de la clase media urbana indica que el desastre de las escuelas de las siete lecciones va a crecer a menos que hagamos algo audaz y decisivo con el lío creado por el monopolio del gobierno sobre la enseñanza.

Tras toda una vida adulta dedicada a enseñar en la escuela, creo que el método de la escolarización masiva es su único verdadero contenido. No hay que dejarse engañar y pensar que un buen currículum o un buen equipamiento o buenos maestros son los determinantes críticos de la educación de sus hijos. Todas las patologías que hemos considerado se producen en gran medida porque las lecciones de la escuela impiden que los niños cumplan con los importantes compromisos que tienen consigo mismos y con sus familiar par aprender lecciones de automotivación, perseverancia, autodependencia, coraje, dignidad y amor --y también lecciones de servicio a otros, que se encuentran entre las lecciones clave de la vida en el hogar y en la comunidad.

Hace treinta años estas lecciones se aprendían aún en el tiempo de quedaba después de la escuela. Pero la televisión ha consumido la mayor parte de ese tiempo, y una combinación de televisión y tensiones propias de familias de dos ingresos o un solo padre se ha tragado también la mayor parte de lo que antes era el tiempo familiar. Nuestros chicos ya no tienen tiempo para crecer como seres humanos completos y sólo les quedan tierras baldías, donde ya no queda suelo cultural para poder hacerlo.

Un futuro se está precipitando sobre nuestra cultura, que nos forzarán a que aprendamos la sabiduría de la experiencia no materialista; un futuro que exigirá como precio de la supervivencia que adoptemos un estilo de vida natural que sea económico en costo material. Estas lecciones no pueden aprenderse en las escuelas tal como son ahora. La escuela es una sentencia a doce años de cárcel, en que el único currículum que realmente se aprende es el de los malos hábitos. Yo debería saberlo: enseñé escuela y gané premios haciéndolo.

TAREA:

1. Elimine la paja (busque hacer los párrafos lo más breve y correctos posible).
2. Detecte las palabras clave.
3. Elabore un resumen de dos párrafos.
4. Presente como argumentación (P entonces Q, Q entonces R, etc.) el discurso de Gatto.
5. Identifique las premisas auxiliares en la argumentación. ¿Las menciona Gatto?
6. ¿Está fundamentado más en emociones que en razones este discurso? Indique los párrafos que sustenten cada posición.